

# 01/2

## Miradas sobre el sufrimiento.

José Ramón Busto Saiz, S.J.,  
Profesor emérito de Sagrada Escritura  
en la Universidad Pontificia de Comillas.

Todos sufrimos. El sufrimiento es consustancial a la persona. Somos finitos, pero también llamados a la infinitud. Dios no nos evita el sufrimiento, sino que lo transforma y trasciende.

Su mirada al sufrimiento no coincide con la nuestra. Él pone el acento en el Amor. Pues amar cuando el amor va acompañado de sufrimiento purifica nuestro amor porque lo hace gratuito. Aunque el sufrimiento evitable tenemos que trabajar por evitarlo, hay otro que asumimos porque va unido a nuestra opción.

No asumimos el sufrimiento por el sufrimiento sino por el seguimiento de Cristo. Porque el sufrimiento no es salvador. Lo que es salvador es el Amor.

Palabras clave:  
*Sufrimiento, Dios, Amor, Opción..*

Suffering is intrinsic to the person. We are finite, but also called to infinity. God save us from suffering, but transforms and transcends.

His eyes to the suffering does not match ours. The stresses in Love. Well love when love is accompanied by suffering purifies our love because it makes free. Although avoidable suffering we have to work to avoid it, we assume no other because it is linked to our choice.

We not assume suffering by suffering but by following Christ. Because suffering is no savior. What's savior is Love.

Key Words:  
*Suffering, God, Love, Option*

Hablar sobre el sufrimiento da un cierto pudor porque una cosa es hablar y otra sufrir. Así lo percibió **Clive S. Lewis**, autor de la novela de la que nació el guion de la película “**Tierras de penumbra**” quien había reflexionado mucho y bien sobre el tema, cuando personalmente tuvo que enfrentarse al sufrimiento por la muerte de su esposa. La misma experiencia recoge el libro de Job, cuando el protagonista dice a los sabios amigos que le vienen a consolar:

“**También yo os consolaría a vosotros si estuviera en vuestro lugar**” (Job 16:4).

## 1.

### La mirada de la razón creyente al sufrimiento.

Todos los hombres sufrimos, bien en propia carne, bien cuando compartimos el dolor que nos produce el sufrimiento de las personas queridas. El sufrimiento es, pues, un existencial del hombre. No existe vida humana sin sufrimiento. Por eso el sufrimiento toca el sentido de la existencia, nos hace preguntarnos por nuestra actuación ante él y toca también la concepción que tenemos de Dios.

La razón humana ha buscado explicaciones al sufrimiento que siempre resultan insuficientes. Preguntarnos por qué sufrimos equivale a preguntarnos por qué morimos. Y una primera respuesta es que el sufrimiento forma parte de nuestra finitud.

Dios solo puede crear un mundo finito y, por tanto, limitado. La finitud implica, pues, limitación. Y aunque teóricamente podamos

pensarlo de otro modo, de hecho la limitación implica error y, por tanto, sufrimiento.

Quizá podamos argüir que no todas las limitaciones nos hacen sufrir, que sólo nos hacen sufrir las limitaciones que consideramos injustas o erróneas, pero la realidad es que el mundo finito y limitado que vivimos está lleno de limitaciones que no deseamos o no aceptamos y que, por tanto, nos hacen sufrir.

El sufrimiento es algo privativamente humano. Los animales experimentan el dolor, pero no sufren. Probablemente con el sufrimiento humano tiene que ver la llamada del hombre a la infinitud. Somos criaturas finitas llamadas a la infinitud. No vivimos cómodos instalados en la finitud precisamente porque percibimos dentro de nosotros una sed de infinitud. Morimos porque somos finitos.

Ahora bien, ¿no podríamos pensar la muerte y la limitación como algo con lo que vivir reconciliados? Eso sería estar instalados en la finitud. Pero la muerte, no sólo la del final de la vida, sino la muerte que extiende su largo brazo sobre nuestra vida, nos hace sufrir porque aun siendo finitos nos sentimos llamados a la infinitud. Como formuló **S. Agustín** al comienzo de sus Confesiones:

“**Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti**”.

Pero a nuestra falta de aceptación de la limitación por nuestra vocación de infinitud se suma que nuestra existencia está afectada por el pecado. Según la tradición bíblica, por el pecado entró la muerte en el mundo (**Rom 5:12**).

Aunque la muerte sea fruto de nuestra naturaleza biológica, finita, sin embargo, también es verdad que por el pecado toda nuestra realidad ha quedado distorsionada.

LH n.311

Hoy la teología suele dar explicación al sufrimiento como venimos diciendo: sufrimos porque somos finitos.

A nuestra finitud se suma el reino del pecado que se ha enseñoreado del mundo. Y por si eso fuera poco, a la finitud y al pecado se une nuestra sed de infinitud, que no nos deja vivir felices en medio de la limitación porque hemos sido llamados a ser hijos de Dios participando de su vida infinita.

## 2.

### La mirada de Dios

El Dios que hemos conocido en Jesucristo se nos ha revelado como un Dios salvador del pecado y de la muerte.

Jesús inició su actividad pública en Galilea anunciando la proximidad del Reino de Dios. Con sus enseñanzas y su actuación fue dando a entender en qué consistía el Reino. El Reino se inicia con el perdón de los pecados por parte de Dios, lo que supone la reconciliación del hombre con él. Los hombres, reconciliados con Dios, inician un nuevo tipo de relaciones entre sí, caracterizadas por la práctica de la justicia en las relaciones humanas y sociales y finalmente, la humanidad vive también reconciliada con la naturaleza, que ya no se muestra hostil.

Por eso Jesús obró numerosas acciones maravillosas que consistían en expulsar demonios y curar enfermos. La expulsión de espíritus inmundos y la curación de las enfermedades son signos de la cercanía del Reino.

Con ellas los evangelistas expresan la lucha de Jesús contra el mal - el *mysterium iniquitatis* - y ponen de relieve una de las dimensiones del Reino que, reconciliando al hombre con la

naturaleza, le salva de la muerte y, por tanto, del sufrimiento. Así lo formula el **Apocalipsis de Juan**:

“La muerte ya no existirá, ni habrá ya duelo, ni gritos, ni dolor, porque lo de antes desapareció” (Ap 21:4).

Cuando Jesús va anunciando por las aldeas de Galilea la proximidad del Reino y acompaña esa predicación con las sanaciones va mostrando la compasión de Dios por la humanidad. Es precisamente de esa compasión de Dios de donde nace la encarnación. Dios se compadeció de los hombres y por eso envió a su Hijo, que al asumir la naturaleza humana lo hizo con todas sus consecuencias asumiendo las limitaciones, el sufrimiento y la muerte, las consecuencias del pecado e incluso, de alguna manera, el pecado mismo. Como escribió **S. Pablo**,

“Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros lleguemos a ser en él, la justicia de Dios” (2 Cor 5:21).

Esto significa que Jesucristo nos salva del pecado y de la muerte asumiéndolos. No nos salva desde fuera, no nos salva librándonos de la muerte sino pasando por ella. Cristo nos salva de la muerte muriendo en la cruz y nos salva del pecado asumiendo los pecados de la humanidad y sus consecuencias. Y este es también nuestro itinerario existencial pues Dios nos llama a reproducir la imagen de su Hijo (**Rom 8:9**), de modo que nosotros, incorporados a Cristo, somos librados de la muerte y con ella del sufrimiento pero hemos de pasar por ellos como Cristo, para alcanzar nuestra liberación.

En la actuación de Jesús se nos revela la mirada de Dios sobre el sufrimiento y la muerte, que

Dios no espera de nosotros el sufrimiento ni nos pide el sufrimiento por el sufrimiento. Dios espera de nosotros el amor

no coincide con nuestra forma de ver las cosas. Pues para la mentalidad de Dios el sufrimiento puede no ser definitivamente malo. Como dice Isaías, los caminos de Dios no son nuestros caminos (**Is 55:8-9**). Para los hombres, el sufrimiento es algo, sin más, a evitar. Vemos en nuestra sociedad cómo se toman decisiones y se establecen principios que buscan únicamente evitar el sufrimiento sin atender a ninguna otra consideración. No digo yo que habitualmente no haya que tratar de evitar el sufrimiento pero, como luego diré, es necesario atender también a otras dimensiones.

Dios no le evitó el sufrimiento a su Hijo, sino que lo entregó a la muerte en la cruz. Lo que significa que a pesar del mal que supone la cruz, Dios, al mirar la cruz ve en ella algún aspecto bueno o, al menos, ve que es capaz de sacar de ella algo bueno. Por eso pudo entregar a su Hijo (**Rom 5:6-8, 8:32**). Porque para Dios sólo el pecado es intrínsecamente malo. Si el sufrimiento fuera absolutamente malo, Dios no podría haber entregado a su Hijo a la cruz.

Aquí surge la pregunta: ¿Qué pudo ver Dios de bueno en la cruz? Sencillamente el amor con el que su Hijo acepta la voluntad del Padre y entrega su vida en servicio de sus hermanos, los hombres. La explicación última está, pues, en el sentido de la existencia. Y es que el sentido de nuestra vida está en el amor. Jesús no nos salva por morir en la cruz sino porque nos ama. Ahora bien en un mundo lleno de pecado el amar exige sufrir. Dios no espera de nosotros el sufrimiento ni nos pide el sufrimiento por el sufrimiento. Dios espera de nosotros el amor. Lo que pasa es que, en nuestro mundo finito y en el que existe pecado, muchas veces el amor sólo puede ejercerse en medio del sufrimiento. El amor es lo único definitivo porque es lo único eterno. De ahí que pueda decir **Pablo** que

“Para los que aman a Dios todo colabora para el bien” (Rom 8:28).

En el fondo toda nuestra existencia es sólo la carcasa que guarda dentro lo único valioso: el amor. Todas las dimensiones de nuestra vida, incluido el sufrimiento, son juzgadas a los ojos de Dios por el amor.

Sufrir o gozar es secundario. Lo único importante es amar. Sin embargo, amar cuando solo el gozo acompaña al amor puede llevarnos al egoísmo. Amar cuando el amor va acompañado de sufrimiento purifica nuestro amor porque lo hace gratuito y no interesado.

## 3.

### La conversión del cristiano ante el sufrimiento.

La cuestión que el cristiano debe plantearse es qué hacer ante el sufrimiento. Probablemente para dar una respuesta verdaderamente cristiana sea necesario también algo de conversión.

En primer lugar es preciso distinguir entre tipos de sufrimiento. No todo sufrimiento es igual. Ante todo habrá que distinguir el sufrimiento que se provoca del sufrimiento que se padece.

El que se provoca se puede dividir entre el que se provoca pedagógicamente y el que ocurre como fruto del pecado. El que se provoca pedagógicamente puede tener su sentido en un proceso educador de los demás y, sobre todo, de uno mismo. A veces hemos de provocar sufrimiento para ayudar a mejorar.

Desde la madre que castiga a su hijo para enseñarle a portarse bien, hasta la sociedad que envía a la cárcel al delincuente buscando su regeneración y su inserción, pasando por el médico que amputa un órgano canceroso para lograr la salud del cuerpo entero.

LH n.311

En todos estos casos se provoca un sufrimiento que busca conseguir un bien mayor que el sufrimiento producido. Es legítimo causar ese sufrimiento precisamente porque busca un bien mayor. Sin embargo cualquier sufrimiento que no se ordene a una mejora del individuo o de la sociedad debería evitarse.

No es necesario decir que hemos de evitar provocar sufrimiento propio y ajeno cuando ese sufrimiento se ha originado como consecuencia del egoísmo y el pecado. Hacer mal es malo y, con la ayuda de Dios, hemos de evitarlo.

Dentro del que se padece -fruto de la limitación humana, del pecado o fruto de una combinación de ambos- podemos distinguir el sufrimiento que se puede evitar, el sufrimiento inevitable y el sufrimiento que elegimos libremente.

En principio, todo sufrimiento evitable propio o ajeno debe ser evitado. Porque el sufrimiento es destructor. No sólo el pecado conduce a la muerte sino que la muerte es también causa del pecado. La fe cristiana no implica una toma de postura dolorista o victimista. En principio el dolor ha de ser evitado, si puede evitarse. Evidentemente sin tomar decisiones inmorales para conseguirlo, porque el fin no justifica los medios.

Pero hay otro tipo de sufrimiento que a veces no debemos evitar ni queremos hacerlo. Es aquel sufrimiento que asumimos engastado en el compromiso que elegimos. Como escribió **S. Ignacio** en el libro de los **Ejercicios**:

“Quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno dellos que honores, etc”.

Toda la segunda semana de los Ejercicios de S. Ignacio va orientada a hacer lúcida la voluntad de ejercitante en el sentido de que con mucha frecuencia -yo diría que siempre, en menor o

mayor grado- no hay seguimiento de Jesús que no implique la cruz.

Hay pues un tipo de sufrimiento que hemos de asumir porque va unido a nuestra opción por Cristo. No asumimos el sufrimiento por el sufrimiento sino el sufrimiento por el seguimiento. Porque, como acabo de decir, el sufrimiento no es salvador. Lo que es salvador es el amor. Cristo no nos salvó porque muriera en la cruz. Nos salvó porque mostró su amor al Padre obedeciendo su voluntad y mostró el amor que tenía a los hombres entregando su vida por nosotros. Lo que pasa es que en el caso de Cristo y casi siempre en nosotros también el amor es una joya que va engastada en el sufrimiento.

Optamos por seguir a Cristo porque le amamos pero le seguimos hasta el Calvario, que es el único sitio donde él va. De modo que hay un sufrimiento que se puede elegir. Aquel que va unido a la opción por el seguimiento de Cristo.

Los contagiados por el ébola en África, médicos o misioneros, han optado por servir a sus hermanos entregando su vida. Han hecho una opción por el amor y el servicio, pero ese amor y ese servicio han traído aparejado el sufrimiento de la enfermedad. En una palabra: el amor es una bellísima flor que sólo nace en el estiércol del dolor.

Por último, entre el sufrimiento evitable y que elegimos está el sufrimiento inevitable: ni lo elegimos ni lo podemos evitar.

Quizá son los sufrimientos más frecuentes que padecemos. Son fruto de la finitud o del pecado, propio o ajeno, no lo hemos elegido vinculado a nuestra opción y no somos capaces de evitarlo. La mayoría de las enfermedades pertenecen a este tipo de sufrimiento.

Desde la fe cristiana podemos decir que este sufrimiento también puede tener sentido porque ha sido redimido por Cristo. Junto a la cruz de Jesús fueron crucificados dos ladrones.

Ambos sufren el mismo suplicio. Probablemente en castigo de sus fechorías. Pero en su situación adoptan una actitud distinta. Uno reconoce su culpa y vincula su sufrimiento al sufrimiento de Jesús, lo que le merece la palabra del Señor que le promete el paraíso. El otro vive su sufrimiento sin sentido lo que no le conduce más que a la frustración y a la muerte.

Cuando celebramos la Eucaristía y comulgamos en ella lo hacemos para unirnos al sacrificio de Cristo que ofrece su existencia al Padre. Es el momento cumbre en el que junto a Cristo que se ofrece al Padre nosotros podemos ofrecer con él el sacrificio de nuestra existencia, que incluye todos los sufrimientos que padecemos.

Bibliografía

- ▶ **Busto, J. R. (1984).** Cuando el dolor pone a prueba la fe. *Santander: Sal Terrae.*
- ▶ **Busto, J. R. (1988).** Liberados de la muerte. *Santander: Sal Terrae 76.*
- ▶ **Busto, J. R. (1992).** El dolor en la tradición sapiencial del Antiguo Testamento. En A. Dou (ed.), El dolor, Actas de la reunión de la Asociación Interdisciplinar "José de Acosta" (p. 207-230). *Madrid: Universidad Pontificia.*
- ▶ **Busto, J. R. (1993).** Alegraos según compartís los padecimientos de Cristo. *Manresa 65.*
- ▶ **Busto, J. R. (1998).** El sufrimiento, ¿roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina? Lección inaugural del curso 1998-99 en la Universidad Pontificia Comillas. *Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.*
- ▶ **Busto, J. R. (1999).** El problema del mal en el A.T. *Moralía 22.*